y comprensión, ni su vuelo infinito hacia la altura de un cielo puro e ideal; el "concho" Jiménez vivió siempre a ras de tierra, babeando en la charca inmunda de todas las pequeñeces y miserias humanas.

... Cleto González Víquez, consagró los días de su pasivo discurrir por la política a la historia patria: de los excelsos del pasado subrayó los destellos de su grandeza, de su gloria y de su honor nacionales; para los mediocres de todos los tiempos, el manto augusto de su fría piedad comprensiva. Hombre de equilibrio interior, blando por desengaño, bueno por instinto y suave por tico, jamás persiguió ni oprimió. Dejó de hacer, pero no pecó contra el Espíritu.

JORGE VOLIO Y LA DEMOCRACIA REFORMISTA.—Pese al dominio de la Oligarquía y a la vigilancia de su gendarme, el presidente Jiménez Oreamuno, los obreros organizados de la capital y un pequeño núcleo de intelectuales jóvenes fundaron el primer grupo político permanente de acción e ideología: el Partido Reformista. Su historia es la de su jefe: Jorge Volio. Es de éste que preferimos hablar, ya desaparecido el partido, porque en realidad fué el gran sembrador de la idea democrática en el país en su sentido esencial, o sea el social. La semilla en el surco no se malogró del todo. Y gracias al apostolado social y de justicia distributiva que predicó Jorge Volio, ha sido posible, hoy, por las realizaciones del Doctor Rafael Angel Calderón Guardia, el florecer de ese pequeño "new deal" costarricense insospechado apenas hace tres años.. .. .. .

Antes del suceso, yo era un agnóstico, un ateo, si ustedes se empeñan. Pero en una balsa salvavidas no hay ateos, como no los hay tampoco en una trinchera batida por la metralla.

a punto de quedarse sin gasolina, empezamos a prepararnos para el violento

Cuando caímos en la cuenta de que nuestra Fortaleza Volante estaba amarizaje. Fué entonces cuando el subteniente D'Angelis nuestro navegante, dijo: "No me tomarán ustedes a mal que rece, ¿verdad?" Recuerdo perfectamente que la pregunta me molestó bastante. ¡Y cuánto hube de avergonzarme, días después, de aquel conato de enojo!

El segundo día que pasamos en las balsas ví al soldado Bartek leyendo su Biblia. Nadie se atrevía a gastarle una broma. Quizá presentíamos ya en aquel instante de cuánto nos hiba a servir aquel librito.

El cuarto día Bartek volvió a sacar su Biblia. Nuestras tres balsas estaban unidas por cuerdas y las juntamos para rezar en común. Dijimos el Padrenuestro y el coronel Adamson leyó un pasaje de la Biblia de Bartek. Me pareció que aquello no iba a remediar nada nuestra situación, pero que tampoco la empeoraría. El capitán Cherry, el piloto del avión, leyó entonces un versículo: "Así pues, no os acongojéis pensando, ¿qué comeremos? o qué beberemos?" Sí, si, dije para mi capote. Lo creeré cuando vea los bocados y el agua.

El sexto día se hizo evidente que nos habíamos desviado de las rutas que siguen los aeroplanos y los barcos de reconocimiento y que, por lo tanto, no nos hallarían nunca. Empezamos a sentir debilidad. Teníamos hambre. Aquella noche uní mi voz, mecánicamente, pasivamente, a la plegaria del grupo. Pedimos comida en nuestras oraciones. Cherry, que siempre trataba a Dios de "mi Amo", imploró: "Mi Amo, estamos en un negro apuro, como sabes. Esperamos confiadamente en que pasado-mañana tendremos algo... un poquito... lo que sea... cualquier cosa. Mira a ver lo que puedes hacer por nosotros, mi Amo".

En acabando, Cherrey disparó la bengala a ver lo que sucedía. Y, en efecto, sucedió algo. La bengala estaba defectuosa, y, en vez de elevarse, cayó al agua chisporroteando. A su intenso resplandor vimos una barracuda persiguiendo una bandada de peces que venía hacia nosotros atraídos por la súbita claridad. Dos de los fugitivos de buen tamaño, saltaron dentro de nuestra balsa. A la mañana siguiente nos desayunamos con una tajadita de pescado crudo.

Aquella tarde ya recé con más devoción. Llegué a decir la mitad del Padrenuestro sin tropezar. Toda la vida me acordaré de aquellas oraciones... y de lo que sucedió después.

Cherry elevó sus preces: "Mi amo". Te hemos pedido comida y nos la has concedido. Ahora te pedimos agua. Si no Te apresuras a darnos Tu auxilio, me figuro que estamos irremisiblemente perdidos. De Ti, de Ti sólo pende nuestra suerte."

Y ahora comprendo que la plegaria de Cherry contenía todo lo que debe tener una oración; un ruego a Dios, conformidad con Su voluntad y la fe en que la súplica será escuchada.

En efecto, al poco rato divisé a nuestra izquierda una nube que se iba oscureciendo por instantes. De la nube colgaba una cortina azulosa. Era lluvia... lluvia... ¡y avanzaba hacia nosotros!

"¡Aquí está!" gritó Cherry. Gracias, Amo mío!".

Un minuto más... y empezó a diluviar. ¡Agua dulce! ¡Agua fría! Juntamos las manos para recoger en su hueco el precioso líquido. Bebimos ávidamente. Calmada la sed, nos llenamos las bocas de agua y la fuimos echando a buches en el único depósito de que disponíamos: en los chalecos salvavidas

El noveno día, el Señor nos suministró otras cuantas tajaditas de un cazón que pescó Cherry con un anzuelo sin carnada.

Al día siguiente, a la hora de rezar Cherry dijo el Padrenuestro, y después cada uno de nosotros oró por sí solo. Hubo quienes confesaron en alta voz sus pecados. Yo, por mi parte no me ruborizo de declarar que hice el firme propósito de enmienda. Y puedo asegurar que lo he cumplido. Antes, apenas podía pasar veinte minutos en compañía de un amigo sin promover una acalorada discusión. A todo bicho viviente le veía enormes defectos. A nadie le encontraba cualidad buena. El único ser sin faltas que había en el mundo era yo, Jim Whittaker. Ahora, al revés, tengo a todo el mundo por bueno y decente, mientras no se me demuestre lo contrario.

Rickenbaker se dirigía siempre al Señor como a "Nuestro Padre". Rik no ha hecho nunca alarde externo de piedad, no obstante ser los sentimientos religiosos que profesa, allá en su fuero íntimo, de los que contribuyen a hacer de este mundo un lugar más digno de vivir en él.

Uno de los náufragos, al llegarle su vez en la ronda de oraciones le pidió a Dios que pusiera fin a sus sufrimientos enviándole la muerte. Rik gritó al punto: "¡Cállate! ¡No molestes a Dios! ¡Lo que El escucha son las oraciones, no los lloriqueos!"

El día décimotercero ocurrió el primero de los dos milagros que habían de acabar para siempre con mi incredulidad. El sol abrasaba. A eso de media mañana pareció que iba a caer un chubasco, pero tuvimos el desconsuelo de ver pasar la lluvia a medio kilómetro. Fué aquél el primer día que llevé la voz cantante en las oraciones.

"Dios mío", dije, "Tu sabes lo que esa agua significa para nosotros. El viento se la ha llevado. En Tu mano está el mandárnosla otra vez. Eso es nada para Tu infinito poder. Para nosotros en cambio, Señor es la vida. Ordénale al viento que nos traiga esa lluvia. Sin ella Señor, pereceremos."

Hay ciertas cosas que no se pueden explicar por las leyes naturales. El viento no cambió, más a pesar de eso, la cortina de lluvia empezó a moverse lentamente hacia nosotros, contra el viento, como si una mano omnipotente la empujase.

Bebimos y guardamos agua. Aquella lluvia que nos mandó Dios nos ayudó a resistir los cuatro días siguientes, que fueron terribles.

De los siete sobrevivientes era yo el único que no tenía la parte inferior del cuerpo cubierta de úlceras por la acción del agua salada. La cortísima cantidad de agua que podíamos beber al día, sólo servía para

hacer más torturante nuestra sed. Estábamos ya tan débiles, que el esfuerzo más ligero nos dejaba extenuados. Se nos caía la ropa a pedazos, y el sol ecuatorial nos achicharraba sin piedad. Todos habíamos tenido amagos de delirio. Estoy absolutamente convencido de que la fe en Dios, la fe que había reconquistado, fué lo único que me sostuvo.

El día décimoctavo, a la hora de nuestra plegaria en común, recé como nunca. Le pedí a Dios con toda mi alma que nos mandara socorro, que nos salvara. Al concluir la oración, me sentí confortado y fortalecido Algo me decía que el auxilio estaba en camino.

Al día siguiente, poco después de amanecer, avistamos un aeroplano que volaba en dirección a nosotros. Gritamos y agitamos unos guiñapos. El avión pasó como a tres millas sin vernos. Si no lloramos, fué únicamente por no haber ya en nuestros cuerpos humedad suficiente a formar ni una triste lágrima.

En la mañana del vigésimo día, Cherry desamarró su balsa de las otras dos, por creer que dispersándose las balsas por una superficie más extensa, sería más fácil que llegaran a divisar alguna. Tan lógico me pareció el argumento, que desamarré la mía también. Iban en ella conmigo De Angelis y nuestro radiotelegrafista, el sargento Reynolds.

En la madrugada del día vigésimo primero me despertó De Angelis. "Jim", me dijo, "será tal vez espejismo, pero juraría que veo algo."

¡A doce millas divisábanse unas palmeras! Las otras dos balsas se habían perdido de vista. Sacamos los remos de aluminio. Empecé a remar desesperadamente, y remando estuve siete horas y media. Fué en esas horas cuando ocurrió el segundo de los dos milagros. Lo que hice en aquella lucha frenética por llegar a la isla, no lo hubiera podido hacer sin la ayuda divina.

Mis compañeros hallábanse en el más lamentable estado. El pobre De Angelis me echaba una mano de vez en cuando, pero estaba tan débil que no podía remar más que unos minutos seguidos. Reynolds yacía tendido en el fondo de la balsa. Con los ojos inverosímilmente hundidos, casi perdidos allá en el fondo de las cuencas, parecía su cabeza la de un muerto.

Cuando estábamos casi a punto de tocar la orilla, una aleve corriente empezó a empujarnos mar afuera. Le pedí a Dios, a gritos, que me diera fuerzas. Grité con el último aliento de mis pulmones para que mi voz, sobreponiéndose al rumor del viento que comenzaba a soplar, llegase hasta El.

Al cabo de media hora de angustioso forcejeo me convencí de que iba yo adelantando contra la corriente. Sobrevino entonces un nuevo contratiempo: un chubasco tan espeso, que casi ocultó la isla a nuestra vista. Torné a gritar en el paroxismo de mi congoja: "¡Dios mío, no me abandones ahora!"

Y no me abandonó. Juraría que, en el postrer esfuerzo por llegar a la rocosa orilla, se doblaban los remos de aluminio contra las olas de la rompiente. Y no era yo, no era este Jim Whittaker, el que los doblaba así. No tenía yo fuerza en aquel momento ni para doblar un simple alfiler.

Yo no tuve conciencia de realizar esfuerzo de ninguna clase. Tal parecía que los remos se movían automáticamente y que mis manos lo que hacían era seguir sus movimientos. Aquellos remos los manejaban unas manos que no eran las mías.

Hoy, hallándome ya completamente restablecido, lo pensaría mucho antes de lanzarme remo en mano por aquel revuelto pedazo de mar. Y, sin embargo, agotado, cadavérico, después de tres semanas de hambre, sed y exposición a la intemperie, ejecuté una proeza que hubiera puesto a prueba al hombre más vigorozo.

Llegamos, por fin, a la linde de los arrecifes. Con mil precauciones fuimos haciendo pasar la balsa sobre las crestas afiladas de la barrera de coral, hasta vernos en las tranquilas aguas del interior. A las dos de aquellas tarde, la vigésima primera de nuestra tremenda odisea, pusimos la planta en la isla. ¡Estábamos salvados!

Apenas nos vimos en tierra caímos de hinojos y le dimos gracias a Dios por habernos conservado la vida.

No sé cuántas veces he hecho ya este relato. Lo he hecho en fábricas de aviones, en fundiciones de acero, en astilleros. He contado las vicisitudes en las balsas. He referido cómo encontré de nuevo a Dios en aquellos días tremendos y pavorosos. Y lo contaré infinitas veces más; lo contaré mientras me quede un hálito de vida. Por algo ha sido el acontecimiento más grande que le puede ocurrir a un mortal. Por algo es el relato más solemne y emocionante que labios de hombre pueden hacer.

Tomado de "Selecciones del Reader's Digest", de agosto de 1943.—Tomo VI.—Nº 33. Páginas 53/56.

Vida de Don Gabriel García Moreno

Su obra de Gobierno

Mientras tanto, García Moreno va realizando una obra de gobierno que puede considerarse como única en la América española.

Ha comenzado por organizar la administración y por preocuparse de la Hacienda Pública. Logra que los empleados cobren sus sueldos mensualmente. El abuso de dejarlos impagos le parece "un oprobio" para el gobierno, según le escribe a Ordóñez. No acepta que se le recomiende a nadie para un empleo, y por eso le dice al mismo Ordóñez, en carta del 72: "No puedo sentar el precedente de dar ascensos por empeños; cuando nadie se empeñe por Andrade, será ascendido". La Hacienda, según palabras suyas, debe arreglarse "sobre la triple base de la probidad, la economía y el crédito público". Así se hace desde el primer día de su Gobierno. En consecuencia, aumentan de modo